



Artículos

La relación estratégica entre Turquía y el Gobierno Regional de Kurdistán

Kevin Ary Levin

En una región de alianzas complejas y cambiantes, las comunidades kurdas que habitan la región llamada Kurdistán (que abarca parte de los territorios de Turquía, Siria, Irak e Irán) se han vinculado a través de las décadas con diferentes actores regionales e internacionales en base a intereses mutuos. En base a la coyuntura actual, los kurdos aparecen a menudo mencionados en análisis contemporáneos en relación con los esfuerzos internacionales de lucha contra Daesh o ligados a los diversos proyectos en pugna en el conflicto armado en Siria. Sin embargo, una relación aparece con inusual estabilidad e intensidad: la existente entre Turquía y el Gobierno Regional de Kurdistán (GRK), la región autónoma kurda ubicada en el norte de Irak cuyas autoridades sostienen posturas explícitamente secesionistas. Este vínculo parece particularmente llamativo considerando la hostilidad existente hace décadas entre Ankara y el PKK, la facción política kurda de izquierda que cuenta con filiales a lo largo del mundo kurdo, que constituye hasta el día de hoy un foco de violencia con un creciente número de víctimas. Con el objetivo de entender esta relación, se realizará un breve relato de episodios y procesos en los que se vio reflejada la cercanía entre ambas entidades a lo largo del período del presente anuario (julio 2016 - junio 2017).

Las relaciones entre el GRK y Turquía han variado notablemente a lo largo del tiempo. Desde la caída de la monarquía iraquí en 1958, sucesivos gobiernos turcos vieron con preocupación el desarrollo del nacionalismo kurdo en Irak, por temor a que este podía contagiar a su propia población y atentar contra la integridad territorial turca. La intensificación del combate contra el PKK (agrupación secesionista kurda de carácter marxista) en las décadas de 1980 y 1990 fortaleció esta percepción, dado que el PKK encontró en las montañas del norte de Irak un refugio clave desde el cual coordinar sus actividades contra un Estado turco que intensificaba su política represiva. Sin embargo, desde principios de este siglo Turquía y el GRK se convirtieron en socios económicos y políticos, desarrollando lazos intensos a partir de la convergencia de intereses. Múltiples visitas de alto nivel sirven como testimonio de una cercanía que parece desafiar el pensamiento tradicional sobre la relación entre Turquía y los kurdos.

Un elemento central de este vínculo son las relaciones comerciales entre ambas entidades. La región de Kurdistán es hoy uno de los principales mercados de exportación y de actividad de empresas turcas. Además de bienes de consumo, empresas turcas son responsables de gran parte de la construcción. Desde

mayo del 2014, el petróleo extraído de Taq Taq y de Tawke (ambos dentro de la región autónoma kurda) es transportado hacia Turquía a través del oleo-ducto Kirkuk-Ceyhan, de 970 km de extensión, y desde ahí puede ser comercializado al exterior. En la actualidad se transportan 150.000 barriles de crudo mediante este oleoducto. También se transporta gas natural, encontrado en cantidades abundantes en el Kurdistán iraquí. A su vez, las autoridades kurdas realizaron contratos directos con compañías internacionales como Exxon Mobil, a pesar de las objeciones de Bagdad.

Mientras que esta operación permite al gobierno kurdo obtener un importante ingreso y negociar con Bagdad temas de participación presupuestaria desde una posición diferenciada, la interdependencia contribuye también a proteger los intereses de Turquía en la región, incluyendo mantener la posibilidad de ingresar al Kurdistán iraquí en su avanzada contra los militantes del PKK, agrupación que mantiene una presencia en la zona montañosa de Sinjar, al norte de Irak, desde la década de 1990. El PKK ganó el control de pueblos en la región desde el año 2014 como consecuencia de sus avances militares contra Daesh, generando alarma tanto en el Gobierno Regional de Kurdistán como en Turquía, que considera al PKK una amenaza central. Barzani no criticó las constantes incursiones turcas en la zona, como sí lo hizo el gobierno nacional iraquí quien considera que la presencia turca en su territorio constituye una violación a su soberanía. La cooperación entre la autonomía kurda y Turquía fue puesta a prueba cuando a fines de abril un ataque aéreo turco cuyo objetivo era atacar bases del PKK asesinó accidentalmente a seis miembros de las fuerzas Peshmerga que responden a Barzani. Sin embargo, en su respuesta las autoridades kurdas se limitaron a calificar el ataque como “irresponsable”, aclarando que el principal responsable por la violencia era el PKK. A lo largo del período, el GRK llamó en reiteradas ocasiones al PKK a retirarse de Sinjar y ceder el control sobre los territorios que conquistó.

De forma adicional, la exportación independiente de crudo por parte de las autoridades kurdas representó un desafío abierto a la autoridad de Bagdad que no pudo cumplir con el límite asumido ante la OPEP para las exportaciones de este recurso en el marco de un esfuerzo internacional para limitar la baja del precio que afecta las economías de la región. A pesar del compromiso de Bagdad, Erbil intensificó su exportación y culpó por la falta de coordinación al gobierno nacional iraquí que, según Barzani, no cumple con las obligaciones de envío de fondos a las regiones kurdas (que deberían constituir el 17% del presupuesto nacional de acuerdo con un compromiso firmado en diciembre de 2014). El incumplimiento por parte de Bagdad habría imposibilitado el pago de sueldos a empleados públicos y la realización de obras de infraestructura, por lo que Erbil respondió intensificando las exportaciones independientes en una nueva violación de los compromisos asumidos entre la entidad autónoma y el gobierno nacional.

En un intento de resolver la disputa presupuestaria, el gobierno iraquí se comprometió a principios del 2017 a transferir las ganancias atrasadas por la venta de petróleo al norte y utilizar mayor mano de obra local para la extracción de crudo, entre otras reformas, pero la falta de avances en este sentido fue denunciada por las dos principales agrupaciones políticas kurdas (Partido Democrático de Kurdistán y Unión Patriótica de Kurdistán) a principios de marzo.

Es claro que para el gobierno de Barzani Ankara no representa solamente una salida para su petróleo y un socio comercial fundamental con costa al Mediterráneo, sino también uno de los pocos actores regionales dispuestos a respetar los deseos de Barzani de una política exterior independiente. Esto se vio reflejado durante la visita de Barzani a Turquía, cuando las banderas de la región de Kurdistán fueron exhibidas lado a lado con las banderas turcas y se le dio una recepción de jefe de Estado. Es importante destacar que, a pesar de que el GRK colabora activamente en la dimensión militar con varios Estados como parte de la coalición internacional establecida para erradicar al grupo Daesh, ningún Estado apoyó explícitamente los objetivos independentistas de Barzani. Al contrario, a lo largo del período tanto Estados Unidos como Francia, por ejemplo, reiteraron su apoyo a la idea de un Irak unificado como condición necesaria para un futuro orden regional post-Daesh. Además, dada la influencia de Teherán sobre el gobierno iraquí, es posible que el GRK vea la interdependencia con Turquía (un actor regional relevante, miembro de la OTAN e histórico aliado de los países occidentales con una fuerte economía) como un elemento central para la protección de sus propios intereses.

Desde el lado turco, es posible que los estrechos lazos con los kurdos iraquíes representen una estrategia para asegurar su influencia en Irak, haciendo frente así a la influencia iraní sobre el gobierno central iraquí en Bagdad y la fortalecida posición persa como consecuencia de la firma del acuerdo nuclear en el 2015 y la esperada disolución de Daesh. La mejora en las relaciones con los kurdos iraquíes iría en sintonía con un creciente rol de influencia que ejerce Turquía en el Medio Oriente durante los últimos años. El lazo económico podría representar para Turquía una oportunidad de diversificar su importación de gas y limitar así su dependencia en Rusia y, en menor medida, en Irán, que proveen la mayoría del consumo turco de este recurso que es utilizado para la generación de electricidad. La necesidad de diversificación quedó particularmente evidente luego de las relaciones tensas entre Rusia y Turquía como consecuencia del derribo de un avión ruso en noviembre de 2015.

Además, por diferentes motivos ambos encuentran un enemigo común en el PKK y sus organizaciones aliadas, como el PYD sirio: para los turcos, la importancia política e ideológica del PKK representa un desafío a su integridad territorial y seguridad interna, mientras que para Barzani el PKK y sus filiales internacionales constituyen la principal competencia en una disputa hegemónica todavía abierta entre las comunidades kurdas. Ambos grupos presentan además proyectos políticos divergentes. El modelo de Barzani se basa en la alianza con las potencias occidentales, el respeto por la organización tribal tradicional y el establecimiento de un Estado nación en el territorio del Kurdistán iraquí, mientras que el PKK tiene un trasfondo ideológico marxista y afirma buscar la refundación de un nuevo modelo de sociedad en torno a lo que su dirigente encarcelado, Abdullah Ocalan, denominó “confederalismo democrático”. En base a esta situación, ambos países se oponen al PYD (la filial siria del PKK que controla territorios al norte de Siria) y buscan limitar su influencia, oponiéndose a la inclusión de este grupo dentro de las negociaciones de paz entre el gobierno y la oposición siria en Ginebra. A su vez, Barzani impulsó la unión de grupos kurdos opuestos al PYD, que pasaron a formar el Consejo Nacional Sirio (ENKS por sus siglas en kurdo) que, a pesar de tener una influencia notablemente menor que el PYD al interior de la región, sí fue incluido dentro de las negociaciones y aceptado por Turquía como un interlocutor válido.

Barzani también se ocupó de adherir a las luchas políticas de Erdogan: durante su visita a Turquía en agosto del 2016, se comprometió a cerrar las escuelas e instituciones que operan desde Kurdistán afiliadas al movimiento religioso de Fethullah Gulen, el clérigo islámico al que Erdogan acusa de haber planificado el intento de golpe de Estado en Turquía del 15 de julio de 2016. Las escuelas, que educaban a aproximadamente 12.000 estudiantes, fueron luego vendidas por el gobierno a instituciones privadas. El gobierno tomó el control también de instituciones económicas y médicas y al menos una radio vinculada al movimiento, a pesar de las objeciones de sus miembros, quienes sostienen que pertenecen a una red de organizaciones religiosas y filantrópicas. Este aparente acto de adhesión a la agenda turca fue criticado por miembros de la oposición kurda.

A pesar de la conveniencia entre estos dos actores, la cercanía entre Ankara y Erbil no carece de polémica al interior del mundo kurdo y dentro de Turquía. Diversos representantes de agrupaciones integrantes del Congreso de Comunidades de Kurdistán (KCK), encabezado por el PKK, acusaron a lo largo del período al gobierno de Masoud Barzani de ignorar el sufrimiento de sus hermanos kurdos a manos de las fuerzas armadas turcas, particularmente a partir del operativo militar desencadenado en el sudeste de Turquía como consecuencia del fin del cese al fuego en julio del 2015. Como señaló David Romano en la agencia de noticias kurdas Rudaw, la actuación de Turquía en el conflicto en Siria, su actividad militar contra su propia minoría kurda en el contexto de sus esfuerzos de erradicar al PKK y otros rastros de nacionalismo kurdo y su fuerte retórica nacionalista con ciertos tonos en contra de los kurdos permiten plantear la pregunta: “¿Quién en sus cabales podría creer que Turquía puede apoyar la independencia kurda?”

A su vez, dirigentes del Partido del Movimiento Nacionalista (MHP por sus siglas en turco) criticaron a Erdogan por haber desplegado banderas kurdas en instituciones oficiales turcas, argumentando que esto enviaba el mensaje equivocado a la comunidad kurda de Turquía, cuya lealtad y pertenencia al Estado turco ha sido puesta en discusión desde adentro y desde afuera de la comunidad desde la formación de la Turquía moderna luego de la Primera Guerra Mundial. Cabe destacar que el acercamiento entre Turquía y el GRK a

mediados de la década del 2000 se dio en el contexto de una considerable mejora en la situación de los kurdos en Turquía en el contexto del esfuerzo turco de ingreso a la Unión Europea. En un famoso discurso de agosto de 2005 en Diyarbakir (ciudad kurda en el sudeste de Turquía) Erdogan famosamente se declaró a favor del pluralismo cultural pero en contra de la independencia política kurda. Con las aspiraciones de ingreso dejadas de lado y una retórica crecientemente nacionalista, es posible que en el futuro sea insostenible mantener simultáneamente una política exterior de apoyo al GRK y una política interna de represión a los dirigentes políticos de la comunidad kurda en Turquía. A lo largo del período, el PKK realizó numerosos ataques contra el oleoducto Kirkuk-Ceyhan, uno de los pilares de esta alianza que el grupo de izquierda considera ilegítima y perjudicial para la unidad kurda.

Por otro lado, cabe destacar también que existen aspectos de la agenda política de la región autónoma kurda que parecen entrar en colisión con la política exterior turca. Dentro de estos aparece la voluntad del gobierno de Barzani de ampliar el territorio bajo su control mediante la integración de las denominadas “zonas en disputa” iraquíes lindantes con Kurdistán, incluyendo las regiones de Kirkuk, Diyala, Salah ad Din y Nínive. Estos territorios incluyen poblaciones cultural y lingüísticamente heterogéneas que, a pesar de encontrarse algunos de ellos en la actualidad bajo el control directo o la influencia del GRK (como resultado de la campaña militar contra Daesh), no poseen un status definitivo sancionado legalmente. El artículo 140 de la Constitución Iraquí reconoce que estos territorios fueron arabizados forzosamente durante el gobierno de Saddam Hussein. Como resultado, están atravesadas por el debate sobre la posible independencia de Kurdistán, dado que deberá definirse si son incluidos dentro del planeado referéndum independentista que Barzani anunció se realizará en septiembre de 2017. A la vez, dirigentes comunitarios árabes y turcomanos acusaron a lo largo del período a las autoridades kurdas de favorecer el asentamiento de familias kurdas y dificultar el regreso a esos territorios de poblaciones no kurdas dentro de los territorios en disputa bajo su control, en lo que sería posiblemente un esfuerzo de alterar el status demográfico de la región con miras a una futura decisión sobre la independencia. Dado que Turquía se posiciona en la región como un actor que vela por los intereses de las minorías turcomanas habitantes de países árabes, esto representa un punto de tensión en la relación entre Ankara y Erbil. Luego de la decisión del gobernador de Kirkuk, Najmaldin Karim (perteneciente a la comunidad kurda) de izar la bandera kurda en las instituciones públicas de la ciudad el pasado 20 de marzo, el líder del Frente de Turcomanos Iraquíes, Arshad Salihi (figura de estrechos vínculos con Turquía) expresó que “Kirkuk es un fuego que, en caso de encenderse, nos quemará a todos” agregando también que si la bandera kurda se vuelve una incorporación permanente “no podremos controlar a los jóvenes enojados cuando salgan a las calles”. Posteriormente, el gobierno turco advirtió que este gesto simbólico podría dañar el diálogo entre ambas entidades.

Además, el gobierno turco condenó públicamente el anuncio del referéndum sobre la independencia de Kurdistán. A pesar de que la familia Barzani anunció en reiteradas ocasiones que sólo busca obtener la independencia del territorio actualmente iraquí de la Kurdistán histórica (contradiendo así un postulado nacionalista clásico en el mundo kurdo, que históricamente buscó la reunificación de todos los kurdos de la región bajo una misma bandera), es posible que Turquía tema las potenciales consecuencias que esta decisión podría tener sobre el resto de las comunidades kurdas de la zona, que podrían ver sus reclamos nacionalistas fortalecidos por la constitución de un ente kurdo soberano.

A modo de conclusión, es posible dar cuenta de las diversas formas en las que se hizo presente a lo largo del período la compleja alianza entre el GRK y Turquía. Esta está basada en diversas necesidades políticas y económicas de ambas entidades pero despierta interrogantes importantes si, por un lado, se mantiene la intervención turca en el conflicto en Siria y la avanzada represiva contra los kurdos en Turquía y, por el otro, si el GRK avanza en la práctica con sus deseos de independencia que hasta ahora se manifestaron principalmente en lo discursivo y simbólico. Si bien los kurdos fueron históricamente utilizados por diversos Estados de la región, la relación GRK-Turquía puede ser el caso más notable en el cual este tipo de lazos conllevó ventajas materiales. Queda por definirse en el futuro si puede acarrear también consecuencias positivas para la realización de las aspiraciones del nacionalismo kurdo.